



## RELACION

*de los varios sucesos de don Manuel de Contreras y doña Teresa de Rivera, en que se declara como don Manuel sacó á doña Teresa de un convento de la ciudad de Salamanca, y caminando para Córdoba fué muerto en Sierra-Morena por un hermano de doña Teresa.*

### PRIMERA PARTE.

En las ásperas montañas de Guadalupe, que vuelvan por el mundo sus noticias, cuya intrincada aspereza quiere competir al cielo sus marañadas guedejas: en este bronco desierto, entre sus robles y breñas, un pastor que ya dejaba en su aprisco las ovejas, y pasaba cuidadoso á una aldea de allí cerca,

y para llegar mas presto va por escusadas sendas, cuando ya impensadamente le aturden y amedrentan unos ecos que con ayes dan de algun presagio señas; quedóse el pastor confuso, y llegándose mas cerca vió una hermosísima dama que dudaba en su belleza, si era Pallas en el monte, ó bien la diosa Minerva.



Era en extremo tan linda,  
que si el mismo cielo ostenta  
un sol para adorno suyo  
acompañado de estrellas,  
ella con sus dos mejillas,  
dos soles consigo lleva,  
dos diamantes con sus ojos  
que brillan cual luces bellas.  
Luce la luna en su frente,  
su garzota una madeja  
de oro, que á muchos hombres  
pudo servir de cadena.  
A orilla de sí tenia  
una charpa de escopetas,  
y un hombre muerto en sus brazos  
cuyas heridas acerbas  
con la púrpura que vierten  
manchan las flores y yerbas.  
Estaba la triste dama  
en sollozos muy deshecha,  
y aunque el llanto en la hermosura  
suele estragar la belleza,  
tambien las lágrimas suelen  
perfeccionarla mas bella.  
Con lastimosos gemidos,  
amorosa se lamenta  
mirando al yerto consorte,  
y dice con dulces quejas:  
«noble dueño de mi vida,  
amada y querida prenda,  
imán de mi corazon,  
de mi alma y mis potencias;  
tú que has muerto por mi causa,  
tambien es razon yo muera,  
pues veo en tí, amado dueño,  
la luz de mis ojos muerta;  
veo quebrado el espejo  
donde me miraba atenta,  
veo ya el sol eclipsado,  
pues de tu rostro se ahuyenta;  
miro el clavel deshojado;  
cuando yo aguardaba tierna  
el descanso entre tus brazos,  
hoy los míos manifiestan  
ser solo un funesto antro

donde la muerte se hospeda.  
Ya se acabaron mis gustos,  
ya mis congojas se aumentan.  
ya llegó el fin de mis glorias,  
y mis desdichas empiezan;  
murieron mis esperanzas  
y renacen mis tristezas.  
¿Dónde hallaré yo consuelo  
á tanto tropel de penas?  
solo el morir es remedio.  
Aves, animales, fieras,  
sirva mi cuerpo de pasto  
á vuestra ambicion hambrienta:  
dividid mi cuerpo en trozos.  
¡Oh muerte, cómo no llegas!  
que á la que menos te teme  
la maltratas con tu ausencia.  
Tierra, ¿cómo no te abres?  
que allá en tus entrañas densas  
quiere verse sumergida  
quien tanto morir desea.»  
Estas palabras decia,  
y entre sus brazos le aprieta,  
mirábale el rostro helado,  
é inclinada la cabeza  
sobre el ya frio cadáver,  
allí se quedó traspuesta.  
Llegó á este tiempo el pastor  
diciendo: señora, ea,  
vuelve en tí, mira y repara,  
que soy hombre, considera,  
compasivo á tus dedichas,  
que aquí á socorrerte llega.  
Viendo que no le responde,  
la toma con diligencia  
en sus hombros, y á un convento  
de monjes, que está allí cerca  
la llevó, donde al prelado  
con requisito la entrega,  
y los padres religiosos  
con muchísima presteza  
la dan remedio y reparos,  
y á muy pocas diligencias,  
volvió en sí la hermosa dama  
entre suspiros envuelta.



Todos á un tiempo la piden  
que de la forma que pueda  
les cuente su amarga historia,  
que ya desean saberla.  
Lanzando un nuevo suspiro  
les respondió muy discreta:  
no puedo negarme, padres,  
siendo justa la obediencia,  
á referir mi suceso,  
si acaso el dolor me deja.  
En la noble Salamanca  
(esta es mi patria y mi tierra)  
nací de muy nobles padres;  
mi nombre propio es Teresa.  
Apenas cumplí tres lustros  
(aquí mi desdicha empieza)  
murieron mi padre y mi madre,  
Dios en el cielo los tenga.  
Bajo el poder de un hermano  
quedé y al instante intenta  
el entrarme á religiosa,  
y yo fuí de esto contenta.  
En este tiempo... ¡ay de mí!  
un caballero... ¡qué penal!  
galan discreto y bizarro,  
que es don Manuel de Contreras,  
á mi hermano le salvó  
la vida en una pendencia,  
y mi hermano agradecido  
y atento á tanta fineza,  
le llevó á mi casa; cuando  
ha entrado por ella apenas,  
él miróme y yo miréle,  
amor disparó una flecha;  
á un tiempo los dos quedamos  
heridos de tal manera  
en las coyundas de amor;  
él preso y yo prisionera,  
él cautivo y yo cautiva,  
él resuelto y yo resuelta.  
Creció nuestro amor, de suerte  
que su ardor pasó á violencia,  
pues reconoció mi hermano  
de nuestro amor la terneza.  
Quitó á don Manuel la entrada,

y á mí enojado me encierra;  
valime de una criada,  
la cual una noche ordena  
dar entrada á don Manuel,  
y en mi mismo cuarto entra,  
en ocasion que á mi hermano  
el recelo no le deja  
sosegar: se levantó,  
y á mirar la casa empieza:  
mas no fue tal su silencio  
porque al abrir una puerta  
le sentimos, y al momento  
don Manuel con lijereza  
quiso ausentarse, mas fue  
pública su diligencia,  
porque al salir á la calle,  
la desgracia que lo ordena,  
se disparó una pistola,  
pregon fue de mi flaqueza.  
Creció en mi hermano la furia,  
reconociendo su afrenta,  
de lo que fue sospechoso  
sacó clara la evidencia;  
de los cabellos me arrastra  
llevado de su soberbia.  
A la mañana siguiente  
trató mi hermano ¡qué penal!  
de llevarme ¡qué pesar!  
á un convento ¡qué tristeza!  
violentada ¡qué tormento!  
para quien el alma deja  
en cautiverio amoroso:  
pero como amor no ceja,  
con papeles correspondo,  
que nunca faltan terceras  
para aquestas ocasiones;  
y hallándome yo resuelta,  
ordenamos que una noche  
por las tapias de una huerta  
del convento me sacase,  
y logrando el verme fuera,  
don Manuel que apercebido  
de muchas armas, me espera,  
y un caballo que á los vientos  
imita en su lijereza.



á las ancas me sentó,  
y á Córdoba la opulenta  
caminábamos, á donde  
tenia su parentela,  
con el intento en llegando,  
al obispo darle cuenta  
y lograr los esponsales;  
pero nuestra suerte adversa  
no quiso se nos lograra  
una pretension tan buena.  
A estas sierras llegamos  
en el rigor de la siesta:  
nos apeamos, y yo  
cansada de la molesta  
del camino, me quedé  
vencida al sueño, y apenas  
se suspenden mis sentidos,  
me ha entrado con vehemencia  
entre angustias un sueño  
tan pesado, de manera,  
que en su inhumano concepto  
fue su tirana influencia,  
que á mi amante daban muerte  
traidores con inclemencia.  
Quiero dar voces, no puedo;  
quiero acudir, no me deja  
aqueste infame letargo,  
y entre congojas y penas,  
el corazon á pedazos  
queria salirse fuera  
del pecho, y la garganta  
anudada, que no deja  
los conductos de la voz  
que se saliese á fuera:  
cansada de batallar  
ya el fatal sueño me deja;  
desperté toda turbada,  
y luego que fuí despierta  
buscaba á un lado y á otro  
el imán de mis potencias;  
mas viendo que no lo hallo,  
el alma quedó suspensa  
y el corazon traspasado,  
la sangre helada en las venas.  
Oí decir ¡ay de mí!

muerto soy, sin resistencia  
á vuestras traidoras manos;  
adios, amada Teresa,  
que ya de mi triste vida  
llegó la hora postrera!  
Acudí desesperada,  
llegué mas que viva, muerta,  
lo hallé envuelto entre su sangre  
manchando la tosca arena,  
y viendo yo tal desgracia  
le dije con grande pena:  
¿quién fue el ingrato homicida  
que con tan fiera insolencia  
te ha puesto de esta suerte?

—Oye, mi desdicha es esta:  
al sueño tú te venciste  
y yo á esta fuente risueña  
vine por un poco de agua,  
y estando sentado en eilla  
divertido en sus raudales,  
me acometen con violencia  
un hermano y cuatro alevosos,  
y con tirana soberbia  
de heridas me han llenado,  
que ya por muerto me dejan.  
Tú del riesgo te libraste,  
pues no hicieron diligencia  
de buscarte, que unas voces  
que oyen, á huir los empeña.  
No siento mi muerte, no,  
solo siento que te quedas  
en aquesta soledad,  
acosada de las fieras,  
y pues me falta el aliento,  
que ya la muerte me espera,  
te pido que me perdones  
porque perdonada seas,  
que si yo merezco el verme  
en la Divina presencia  
de Dios, pediré por tí;  
que por su santa clemencia  
te saque de esta afliccion,  
y de todo libre seas,  
ya que no puedo ampararte,  
solo Dios te favorezca.



En esto espira en mis brazos,  
 y yo quedé con la pena  
 entregada al gran dolor  
 que mi desdicha me muestra.  
 Lo demas este pastor  
 podrá decir lo que queda;  
 solo pido se me dé  
 permiso, que en una cueva  
 de un tosco sayal vestida  
 me entre á hacer penitencia,  
 para pasar de mi vida  
 lo restante que me queda.  
 Se lo otorgaron, é hizo

las cristianas diligencias,  
 y en una lóbrega gruta;  
 toda al sentimiento hecha,  
 se entró, donde santamente,  
 en la virtud fue perfecta;  
 por el difunto envarou,  
 y con solemnes exequias  
 sepultura le previenen.  
 Y aqui el humilde poeta  
 ofrece segunda parte,  
 porque el auditorio sepa  
 en lo que vino á parar  
 doña Teresa en la cueva.

SEGUNDA PARTE DE DOÑA TERESA DE RIVERA.

Dije en el primer romance  
 como se quedó metida  
 doña Teresa en la cueva,  
 del mismo Dios asistida,  
 despojada de sus galas,  
 de un tosco sayal vestida.  
 Ya de Dios arrebatada,  
 no quiso mas compañía  
 que un divino crucifijo,  
 calavera y disciplina;  
 un libro y una corona  
 de muy agudas espinas.  
 Siempre estaba en oracion,  
 ayunaba cada dia,  
 y á la hora de comer  
 salia al campo y pacía  
 como bruto irracional  
 las yerbas que en él habia,  
 sin compostura el cabello,  
 que de cuidarlo se olvida,  
 los ojos secos, sumidos  
 de llorar, y las mejillas  
 con lo remanente de ellas,  
 hechas canales tenia.  
 El rostro descolorido,

las espaldas muy heridas,  
 y de estar arrodillada  
 llagadas ambas rodillas,  
 Tanto era su fervor,  
 que su corazon se ardia  
 en fuego de amor divino,  
 llorando sus culpas mismas.  
 Ya del mundo no se acuerda  
 ni de sus vanas delicias,  
 que sus pensamientos todos  
 solamente en Dios tenia.  
 Tal era su penitencia,  
 tanto en la virtud camina,  
 que una Catalina en Roma  
 solo pudo competirla;  
 la Ejipciaca y Magdalena  
 que tanto en la Iglesia admiran,  
 cuyas vidas penitentes  
 están en bronces escritas  
 ya Teresa en el dolor  
 y en el llanto las imita,  
 y ya el astuto demonio  
 lleno de mortal envidia,  
 trabaja por derribarla  
 de aquesta tan justa vida



y con diabólica traza,  
para mejor persuadirla,  
tomó el traje y semejanza  
(¡lo que es la infernal envidia!)  
de don Manuel de Contreras  
que yace entre las cenizas,  
aquel galán que Teresa  
idolatraba algún día.  
Al fin el dragón horrible  
para la cueva camina,  
llevando en su seguimiento  
sus secuaces que le asistan:  
llegó á la gruta en efecto,  
que doña Teresa habita,  
llamándola con su nombre,  
dice estas palabras mismas:  
¡Oh desgraciada Teresa!  
¡cuán grande es tu desdicha,  
pues naufragas en miserias  
en lo mejor de tu vida!  
Espejo en quien las virtudes  
unas con otras se miran;  
tú, tan ajada y tan deshecha,  
¿cuándo tú tan abatida?  
y yo de mí ¡desgraciado!  
siempre adquiriendo noticias  
por no saber dónde estabas,  
hasta que la suerte mía  
quiso traerme á la vista  
de la prenda mas querida  
que mora en mi corazón  
y en el alma se avecinda.  
¿Quién eres tú, le responde,  
que con tan tiernas caricias  
me tratas sin conocerme?  
—¿Pues qué no me conocías?  
yo soy don Manuel, mi bien,  
quien por tí tanto suspira,  
quien blasonando de amarte  
busca una joya perdida,  
y con la gloria de hallarla  
me prometo mil albricias;  
que como el sol de tu rostro  
es la luz que me ilumina,  
no hallarla fuera mi muerte.

y hallándola tengo vida.

—No es posible seas quien dices,  
y lo aseguro yo misma,  
porque él en mis brazos tuvo  
las últimas agonías;  
en mis brazos espiró  
por su desdicha y la mía,  
mira si asegurar puedo  
lo que mi fe acredita.

—Engañada estás, Teresa,  
que aunque sin habla me veías,  
no fuí muerto, fue un desmayo  
por la sangre que vertía;  
y porque mejor te conste,  
aquí las señales mira  
de las heridas que tengo  
curadas, sanas y fijas.

—¿Cómo tan presto sanaste?  
bien la verdad averiguas.

—Un pastor que compasivo  
acaso buscando iba  
unas ovejas, hallóme  
sin habla como veías:  
me tomó y llevó á un lugar  
que estaba de allí dos millas,  
volví en mí, y bien curado  
me ví en muy pocos días.  
Fuí á mi patria, y á mis padres  
de todo les dí noticias:  
vuelvo á buscarte tan fino  
y aun mas que el primer día,  
y mis padres cuidadosos,  
con la casa prevenida  
como á su dueño te esperan,  
y así toda su familia.

Aquí traigo muchas galas,  
las que quisieres aplica:  
esto solo te está bien,  
no dilates la partida.

—¡Ay don Manuel, que es tarde!

—¿Cuál es la causa, me digas?

—El voto de castidad  
que á Dios hice con fe viva,  
y ya el cumplirlo me es fuerza;  
la consecuencia es precisa.



Respondió el demonio entonces:  
escucha, Teresa mia,  
¿no me diste voluntaria  
palabra y mano tú misma  
de casamiento?—Es verdad.

—Luego si tú con la mia  
uniste tu voluntad  
con dulces lazos uncida,  
sábetelo de que ya estamos  
(según las leyes divinas)  
para con Dios desposados,  
y sin que lo contradigan  
hay nulidad en el voto;  
que una mujer por sí misma,  
sin licencia de su esposo  
tal caso no determina.  
Tú por muerto me tuviste,  
pero teniendo yo vida  
queda el voto irregular,  
bien la experiencia lo afirma.

—Esa es cuestión temeraria,  
que primero es (cosa fija)  
lo divino que lo humano,  
dicen las leyes antiguas:  
cumplir á Dios la palabra  
porque en todo predomina,  
y es primero este precepto;  
y así á cumplir no me obliga  
la palabra que te di  
que en esto me certifica  
el faltar las bendiciones,  
que es el todo en que se cifran  
las leyes del matrimonio,  
y por esta causa misma  
tengo ya hecho el dictámen  
de pasar aquí mi vida,  
solo por servir á Dios.

—Teresa, ya tú deliras:  
á Dios sirve, á Dios agrada  
la mujer que con medida  
á su marido le asiste  
en la maridable vida:  
si conmigo no te vienes  
será tu alma perdida;  
mira que injurias al Cielo,

y hasta al mismo Dios irritas,  
á los ángeles y santos,  
cuantos en la gloria habitan.

—¡Ay de mí! ya, don Manuel,  
me confieso convencida;  
vuelve despues, que yo en tanto  
quiero un rato recogida  
mirarlo bien, que despues  
te daré la razón fija.

Con esto se entró en la cueva  
llorando lágrimas vivas,  
y tomando un crucifijo,  
hincándose de rodillas  
y con afectos del alma  
estas palabras decía:

« A vos celestial Pastor,  
vuelva esta oveja perdida  
buscando vuestro rebaño,  
pues sois autor de la vida.

Amorósísimo Padre,  
esta pecadora hija  
á vuestra clemencia apela,  
y pues es tan infinita,  
Señor, tu misericordia,  
ampare esta desvalida.

Pequé, Señor, contra vos,  
ciega, torpe, inadvertida:  
sois justiciero y piadoso,  
no queráis quede perdida  
la sangre que por mí fue  
en vuestra Pasión vertida.

Vuelve, Señor, á la vaina  
la espada de tu Justicia,  
y halle solo en vuestro amparo  
consuelo es tanta fatiga;  
dadme tu luz porque acierte  
y no camine perdida.»

En esta oración estaba,  
cuando vió de que venia  
hacia ella un caballero,  
que color blanco vestia,  
de un aspecto muy afable,  
diciendo con melodía:  
no tengas temor, Teresa,  
que yo soy el alma misma



de don Manuel que por ti  
goza en la Gloria dichas:  
Dios oyó tu petición,  
y asimismo Dios me envía  
para que te desengañe.  
Este que te persuadía  
en mi traje, es el demonio  
que con infernal codicia  
quiere llevarte consigo  
á sus cabernas ó simas;  
vé al convento, y en él  
haz las diligencias dignas  
de cristiana y luego al punto  
á tu cueva te retiras,  
defiéndete de los lobos  
de esa manada inicua,  
y con esto queda en paz,  
Dios te ayude. Dios te asista:  
Apenas se apartó el alma  
de este mundo á la otra vida,  
el demonio que está hecho  
un centinela de vista,  
volvió á entrar segunda vez,  
diciendo: Teresa mia,  
este es el fiero demonio  
que con maña discutiva  
en sus sombrías tinieblas  
quiere verte sumergida,  
y ser mi espíritu finje,  
que el mismo Dios le envía.  
Díjole Teresa entonces:  
luego tú, según te esplicas,  
¿dices no eres el demonio?  
Pues, hínicate de rodillas

y pide misericordia  
á este Señor que nos mira.  
Dice el demonio bramando:  
eso no, no lo permita  
mi altiva soberbia, que  
yo me avasalle ni rinda.  
—Pues vete, infernal dragon,  
á las brasas prevenidas  
que por tu soberbia tienes  
en el infierno adquiridas.  
Desapareció el demonio  
bramando como una hidra,  
dejando todo el desierto  
estremecido en sus iras.  
Quedó Teresa en asombro  
de lo que la sucedía,  
y armada de su valor  
para el convento camina,  
confesó generalmente  
y á la cueva se volvía.  
Diez dias no se pasaron  
cuando van á requerirla  
cuatro ó cinco religiosos,  
y la hallaron de rodillas  
difunta, y todo aquel sitio  
con fragancias trascendia.  
Al convento la llevaron  
con la decencia debida:  
sepultura le previenen,  
gloria á voces la prodigan.  
Y Juan de Mendoza, humilde,  
es razon que á todos pida  
perdonen sus muchas faltas  
que en estos romances cifra.

MADRID. — Despacho : Sucesores de Hernando, Arenal, 11.